



RICK RIORDAN PRESENTA

Aru Shah

Y EL ÁRBOL DE LOS DESEOS



ROSHANI CHOKSHI

La guerra entre los devas y los demonios es inminente, y el Otro Mundo está en alerta máxima. Cuando los servicios de inteligencia del mundo humano revelan que el Durmiente mantiene cautivas a una poderosa clarividente y a su hermana de 14 años, Aru y sus amigos se lanzan a una misión de búsqueda y rescate. Las cautivas, un par de gemelas, resultan ser las nuevas hermanas Pandava, aunque, según una profecía, una de ellas no es verdadera.

Durante la celebración de Holi, los asistentes celestiales organizan una campaña de relaciones públicas para convencer a todos de que los Pandavas son de fiar. Por mucho que Aru disfrute de la atención, teme que esté destinada a traer la destrucción a sus hermanas, como ha predicho el Durmiente. Aru cree que la única manera de demostrar su reputación es encontrar el Kalpavriksha, el árbol que concede deseos que salió del Océano de Leche cuando se batió. Si consigue llegar a él antes que el Durmiente, tal vez pueda cambiar todo con un solo deseo. Cuidado con lo que desees, Aru...

Índice de contenido

Cubierta

Aru Shah y el árbol de los deseos

1. Aru Shah no es Spiderman
2. Aquella vez que a Brynne se le estropearon los zapatos
3. Nada de amigos nuevos
4. El área sin cobertura mágica
5. Peor que enviarte al despacho del director
6. ¡Contraseña! Pero hacedlo a la mod-eh
7. Mira qué cachas estoy
8. Es tan fashion
9. Objetivo: no acabar siendo pienso de dragón
10. Toc, toc. ¿Quién es?
11. Venga, héroes, nos vamos de misión
12. El juego de la oca
13. Salid de aquí, alcachofas en oferta
14. En el que una nariz gigante huele a peligro
15. Esto no iba a ser una búsqueda de horrocruces

16. ¿Flores para la primavera? Revolucionario.
17. Nunca confíes en un puesto de perritos calientes
18. El plan no funciona
19. ¿No es... un poco demasiado?
20. Al menos no hay un dragón
21. Bueno, no he dicho nada
22. Ahí tienes a un dios muy agradable y destructivo que da mal rollo
23. El pájaro de la destrucción masiva... Quizás.
24. Pobres almas en desgracia
25. No está bien
26. ¿El ornitorrinco es un pájaro?
27. Quoth, el cuervo
28. ¡Avestruz sorpresa!
29. Todos somos patatas
30. ¡Pero calla! ¿Qué luz brota de aquella ventana?
31. No eres tú, soy yo. Bueno, vale, bien, también eres tú.
32. Un parlamento de aves locas
33. ¿Qué encierra un nombre?
34. ¿Qué es un Lidl?

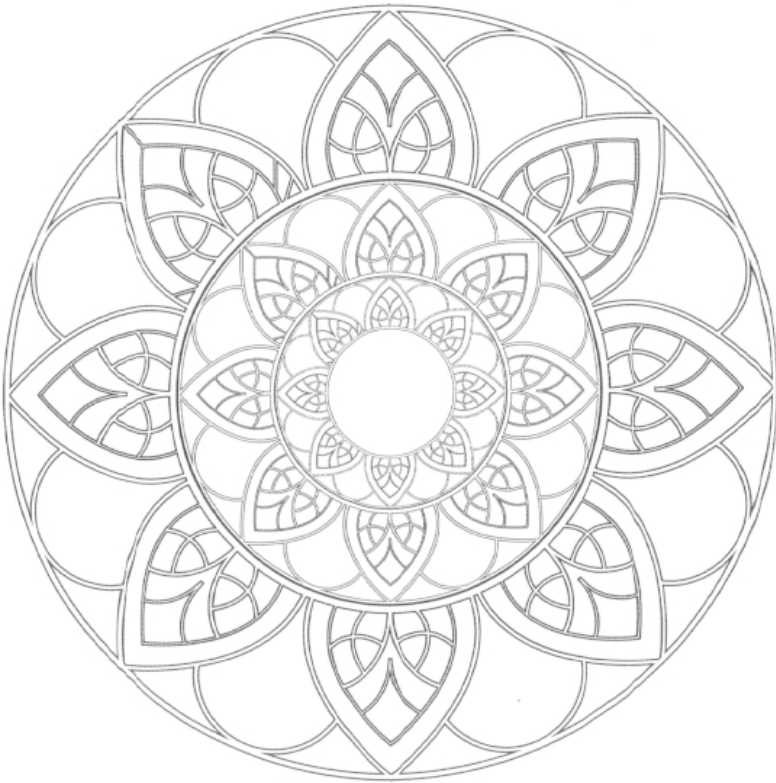
35. Donde el ciervo y el sirope juegan
36. ¡Elige una esposa! ¡La que sea!
37. Los dioses nunca se echan la siesta. Uf.
38. Alguien tiene una mirada ardiente. Literalmente.
39. Y yo... ¡Ups!
40. ¡No con patas pequeñas!
41. ¿Nos has traído al Leroy Merlin?
42. ¡Shhh! El bebé está dormido
43. No soy una madre normal, soy una madre enrollada
44. ¿Quién es Groot?
45. Por favor, no digas que eres inevitable
46. El verde no es tu color, créeme
47. No estamos perdidas, ¿no?
48. La ignorancia da la felicidad
49. La rabia de una Pandava despechada
50. La palabra que Aru nunca dijo

Epílogo

Glosario

Acerca de la autora

*Para mis padres, May y Hitesh,
que siempre insistieron en que
leyéramos la versión «auténtica»
de los mitos y los cuentos.
Gracias por ese maravilloso
trauma. Os quiero.*



UNO

Aru Shah no es Spiderman

Aru Shah tenía un relámpago gigantesco y muchísimas ganas de utilizarlo.

—No, por favor, Shah —le suplicó su amigo Aiden—. Como electrocutes a los objetivos con el *vajra*... echaremos a perder esta misión Pandava.

—Por favor... —dijo Aru con la esperanza de parecer más segura de lo que se sentía—. Soy la hija del dios del rayo y el trueno. La electricidad es lo mío.

—Ayer metiste un tenedor en la tostadora —dijo Aiden.

—Fue solo un segundito porque tenía prisionero a mi desayuno.

Una ráfaga de aire golpeó a Aru en la nuca y, al girarse, vio como un águila enorme con las plumas del color del zafiro se lanzaba en picado hacia ellos. El pájaro se abalanzó hacia el suelo y, con un destello de luz azul, se transformó en Brynne, su hermana celestial, hija del dios del aire.

—Los objetivos no están visibles —dijo Brynne—. Además, Aiden tiene razón. No confío en ti cuando hay electricidad de por medio.

—Pero si ni siquiera estabas en la conversación —dijo Aru.

—Aun así, la he escuchado. —Brynne se tocó un lado de la cabeza—. Tenía oídos de águila hace un segundo, ¿sabes?

Al lado de Aiden se encontraba Mini, hija del dios de los muertos. Se aferraba a su *danda* de la Muerte y miraba alrededor con nerviosismo.

—¡Podrías haberte electrocutado con ese tenedor, Aru! —la regañó Mini—. Y, entonces, habrías...

—¿Muerto? —preguntaron Aiden, Aru y Brynne al unísono.

Mini se cruzó de brazos.

—Iba a decir que habría sufrido graves quemaduras, un paro cardíaco, un posible coma... y sí, potencialmente, la muerte.

Brynne puso los ojos en blanco.

—Ya basta de tostadoras. Necesitamos un plan para salvar a los objetivos, rápido.

Las tres Pandava y Aiden estaban de pie, en la calle, mirando hacia la noria iluminada que coronaba el centro de Atlanta. Más allá de esta, se recortaba un horizonte iluminado e irregular. Los coches pitaban y se abrían paso entre el tráfico de hora punta en la carretera que había tras ellos, totalmente ajenos a los cuatro chicos y sus armas brillantes.

Antes, Hanuman, el instructor de guerra con cara de mono, y Bu, el mentor paloma, les habían dicho que en algún lugar de la noria había dos personas a las que tenían que rescatar. Las Pandava no tenían ni idea del aspecto de los objetivos, pero sabían que uno de ellos era clarividente.

«¿Por qué alguien ocultaría un clarinete?», había preguntado Aru.

Bu había suspirado.

«No es un clarinete».

«Ah».

Resulta que eso de «clarividente» no era un instrumento musical; era una persona que podía ver el futuro y hacer profecías. El Más Allá llevaba siglos esperando que se produjera una profecía importante. Si los rumores eran ciertos, tendría el poder suficiente para determinar el vencedor de

la guerra de los *devas* contra los *asuras*, cuyo guía actual era el Durmiente. Pero las profecías eran un tema delicado, les había explicado Bu. Solo aparecían en presencia de ciertos seres, aquellos sobre los que trataba la profecía. Bu creía que, en este caso, solo los Pandava o los soldados del Durmiente podrían oírla. Y el éxito de un bando dependía de procurar que el otro no la recibiera.

Aru observó las alargadas sombras invernales. Habían cambiado mucho las cosas en el último año, desde que se aventuraran en el Océano de Leche. Ahora tenía catorce años. Había crecido unos cinco centímetros, el pelo le llegaba hasta los hombros y le quedaban bien los zapatos de su madre..., aunque seguía prefiriendo caminar descalza. A la luz del atardecer, las flores de los cornejos brillaban como estrellas atrapadas entre las ramas oscuras. Los cerezos que adornaban las calles mudaban sus pétalos rosas y el polen húmedo recordaba a copos de oro.

—He intentado volar alto para localizar a los objetivos, pero algunas de las cabinas están oscuras y cerradas —dijo Brynne—. Lo único que no entiendo es por qué alguien que puede predecir el futuro se escondería en una atracción de feria.

—Sobre todo en una parada y sin operario —añadió Aiden.

—Quizá quería tener mejores vistas —sugirió Mini.

—Quién sabe, pero lo primero que tenemos que hacer es mover la noria para acceder a los compartimentos cerrados —dijo Brynne—. Si pudiera hacerlo con viento...

—¡La noria podría derrumbarse! —contestó Aru.

—Y si lo intentamos con el *vajra*, podríamos freír al clarividente —rebató Brynne.

Mini se mordió el labio y miró de Aru a Brynne.

—A lo mejor... puede que haya otra solución. Aiden asintió.

—Brynne puede utilizar el bastón de viento para balancearla con suavidad y que empiece a moverse. Yo controlaría el perímetro y...

—No tenemos tiempo para hacerlo con suavidad —lo interrumpió Aru.

—¿Y si nosotras escalamos la noria y uso la *danda* para examinar las cabinas? —sugirió Mini.

—¿Escalar la noria? —repitió Aru—. ¿Tengo pinta de Spiderman o qué?

—Bueno, a veces, cuando llevas ese pijama... —dijo Mini.

Brynne se rio por la nariz.

—¿Qué pijama? —preguntó Aiden.

«¡Abandonar conversación! —le gritaba a Aru su cerebro—. ¡Abandonar conversación!».

—Va, en marcha —propuso a toda velocidad.

Brynne sonrió abiertamente. Entonces, movió el bastón de viento por encima de la cabeza. Una luz azul brillante salió del arma y un chirrido metálico atravesó la atmósfera. Frente a ellos, la noria comenzó a girar poco a poco.

—¡Vamos! —dijo Brynne.

Aru corrió hacia la atracción, un armatoste de sesenta metros de altura con cabinas cerradas que rotaban. Sentía los nervios a flor de piel mientras subía las escaleras a toda prisa y alcanzaba el primer radio interior. Las barras metálicas estaban pegajosas por la lluvia reciente y olían a hierro. Normalmente no habría accedido a escalar algo así, pero sus zapatillas personalizadas Pandava tenían unas ventosas encantadas en la parte inferior que le garantizaban que no caería.

Las Pandava llevaban una semana entera preparándose para esto y sabían lo que estaba en juego. No pasaba ni un solo día sin que Aru oyera algo sobre la creciente actividad demoníaca en el mundo mortal. Aun así, nadie había visto a la persona que estaba detrás del caos: el Durmiente. Su pa-

dre. Aru deseaba poder verlo como el monstruo que era, pero algunos recuerdos seguían confundiéndola y, a veces, no lo veía como era ahora, sino como el padre que había sido en el pasado. El hombre que la había acunado, aunque hubiera sido solo una hora.

Aru vaciló y se le resbaló la mano. El viento frío le azotó en la cara cuando miró hacia el suelo, a unos treinta metros. Desde ahí, las hileras de farolas parecían lejanos hilos de estrellas y el conjunto de árboles le recordaba a pegotes de puré de brócoli.

—¿Estás bien? —preguntó Mini desde el radio inferior.

«Tranquila, Shah», se dijo. Habían entrenado para esto. Podía hacerlo.

—No, soy Aru. —Le dedicó una sonrisa débil antes de estirarse hacia el siguiente radio.

Otra ráfaga de viento le lanzó el pelo contra los ojos.

«Estás escalando una noria. —pensó Aru—. ¿Sabes quién hace eso? LOS SUPERHÉROES. Y ese tipo de *El diario de Noa*, pero sobre todo los superhéroes».

—Las superheroínas —susurró para sí, y agarró la siguiente barra.

En voz baja, Aru empezó a cantar. Le dolían las manos y le castañeteaban los dientes. Cuando levantó la vista, vio que estaba a la misma altura que los imponentes rascacielos.

—¿Estás cantando? —preguntó Mini, que la estaba alcanzando.

Aru se calló de inmediato.

—No.

—Pues parecía eso de «Spiderman, Spiderman... hace lo que un Spiderman hace» y estoy bastante segura de que esa no es la letra.

—El aire debe de estar afectándote al oído.

Mini, que siempre había sido más ágil que Brynne y Aru juntas, la adelantó.

—Creía que te daban miedo las alturas —dijo Aru.

—¡Y es verdad! —contestó Mini—. Me dan miedo muchas cosas..., pero la terapia de choque funciona. Para mi decimoctavo cumpleaños podríamos ir a hacer paracaidismo.

—¿Podríamos?

—¡Mira, Aru, la primera cabina cerrada!

A unos cuatro metros y medio, al otro lado del pequeño puente metálico, había una cabina de cristal lo bastante grande para dos personas. La puerta roja estaba cerrada y el interior, a oscuras. Aru sacudió la muñeca y el *vajra* se transformó de pulsera en lanza. Una chispa de electricidad procedente de su arma le subió por el brazo.

—No frías la misión —murmuró Aru para sí misma.

El destino entero del Más Allá dependía de ellas. Aru apuntó hacia la puerta y liberó el rayo...

¡Bang!

El relámpago chocó con las bisagras de la puerta, que se abrió con un chirrido y reveló... nada de nada. La cabina estaba totalmente vacía. Mini levantó la *danda* en forma de espejo de mano, cuyo reflejo mostraba la realidad detrás de los encantamientos.

—Aquí no hay nadie escondido —dijo Mini.

Aru abrió la mano y el *vajra* volvió a ella.

—Sigamos —dijo.

Con lentitud, cruzaron de nuevo el puente hacia el centro de la noria y se arrastraron hasta el brazo siguiente. Mientras se movían hacia el radio de la segunda cabina, Aru hizo una mueca por el ruido de la ventosa de su zapatilla sobre el metal húmedo. Abrió la verja con el rayo y Mini miró dentro de la cabina con la *danda*.

—Vacía —dijo con el ceño fruncido.

La tercera vez ocurrió lo mismo: vacía. En la cuarta, Aru estuvo a punto de caerse hacia atrás cuando un par de deportivas, atadas al cinturón, cayeron de golpe y le dieron

en la cara... Pero solo era una broma de quienquiera que se hubiera subido ahí el último.

La puerta de la cabina se abrió con un ruido sordo.

Aru miró por encima de ellas. Solo les quedaba una cabina más por comprobar. Se le aceleró el pulso. Cerró los ojos y se imaginó que podía escuchar, a través de la noche, el murmullo de las profecías no pronunciadas. El aire se hizo más frío y, de alguna manera, más pesado.

—La última —susurró Aru.

Se puso de puntillas para ver mejor y la ventosa del zapato se le separó del puente de metal pegajoso. Mientras ajustaba el rayo, la noria se sacudió con violencia, lanzándola hacia la derecha. La ingravidez le encogió el estómago cuando se balanceó y consiguió agarrarse por los pelos a la barra de metal mientras las piernas le colgaban sobre el vacío. Mini gritó y se sujetó como si le fuera la vida en ello.

«Los demonios nos han encontrado. —anunció Brynne a través de un aterrado mensaje mental—. Tened cuidado».

Las piernas de Aru colgaban inútiles mientras daba patadas para intentar agarrarse. La noria dio otra sacudida, lo justo para poder subir las piernas y sujetarse a una barra con las corvas. Se retorció hasta alcanzar la parte superior del radio antes de ponerse en pie, temblorosa, al tiempo que el zapato volvía a adherirse al metal con un «glup».

Aru se arriesgó a mirar hacia abajo y pronto deseó no haberlo hecho. Ahora la atención de los demonios no iba dirigida hacia Aiden y Brynne, sino hacia ella y hacia Mini.

—¿Sigues conmigo? —le preguntó Aru a Mini—. Nos estamos quedando sin tiempo.

Mini puso unos ojos como naranjas por el miedo, pero se mordió el labio y asintió. Aru dio un paso hacia el radio que llevaba a la siguiente cabina, que se encontraba apenas a tres metros. Parecía vacía, como las demás, pero el aire en torno a ella se retorció de forma extraña. Mini cerró el espejo de mano.

«Hay alguien dentro. —dijo Mini en su mensaje mental—. Tienen que ser los objetivos. ¿Los avisamos de que vamos a abrir la puerta?».

Aru negó con la cabeza.

«Su raptor podría estar con ellos».

«¿A la de tres?».

Aru asintió.

«Uno... dos... ¡tres!».

Aru lanzó el *vajra* y el rayo golpeó contra las bisagras antes de regresar a su mano. El metal gimió al abrirse para mostrar una masa de vides negras que se retorcían como serpientes.

—¡Suelta al clarividente! —gritó Mini—. Ah, ¡y a la otra persona! No intentes hacer nada raro, porque vamos armadas.

Aru blandió el *vajra* y estaba a punto de decir «Y somos peligrosas» cuando la noria se balanceó y acabó gritando:

—¡Y somos *peligrohhh!*

La retorcida masa de vides se detuvo de repente. Una luz verde apareció en el centro de la maraña como un monstruo peludo abriendo un ojo.

—¿*Peligrohhh?* ¿Acaso existe esa palabra? —dijo una arrogante voz femenina.

—¿Eres la clarividente? —preguntó Mini por encima del aullido del viento.

Se produjo un instante de silencio.

—Puede.

Aru se tambaleó a pesar de que las ventosas del zapato la sujetaban al puente. Extendió los brazos para equilibrarse y el *vajra* se enroscó en torno a su muñeca como si fuera una pulsera.

—Entonces, ven con nosotras... si deseas vivir.

Otra pausa.